

Aparatos de gobierno con pretensión totalizante (o sobre la muerte de los partidos)

Yanina Welp

Investigadora senior en el Albert Hirschman Centre on Democracy, cocoordinadora de la Red de Politólogos y coordinadora editorial de Agenda Pública. Se especializa en el estudio de la democracia y la participación política. Correo electrónico: yanina.welp@graduateinstitute.ch

Resumen

Los partidos políticos no han muerto, pero han sufrido profundas transformaciones que han alterado sustancialmente sus funciones; ello se debe a: 1) el distanciamiento y la desconexión entre los partidos y sus bases; 2) el acercamiento funcional de los partidos al Estado, que se expresa en su dependencia económica y la disminución de su capacidad de representar demandas ciudadanas, y 3) su operar interno y estrategia de comunicación cada vez menos programática, más personalista y más orientada a negar discursivamente a los adversarios (devenidos en enemigos). Se propone que, en la confluencia de estos factores, las organizaciones políticas devienen «aparatos de gobierno con pretensión totalizante».

Palabras clave: representación, polarización, redes sociales, partidos políticos, encuestas.

Abstract

Political parties are not dead, they have undergone profound transformations that have substantially altered their functions due to: 1) the growing distance and disconnection between the parties and their bases; 2) the functional approach of the parties to the state, which is expressed in their economic dependence and their decreasing ability to represent citizen demands, and 3) their internal operations and communication strategy that are less and less programmatic, more personalistic and more oriented to neglect their adversaries (turned into enemies). At the confluence of these factors, political organizations become "a machine of government with a totalizing claim."

Keywords: representation, polarization, social networks, political parties, opinion polls.



1. Introducción

Mucho se ha anunciado la muerte de los partidos políticos. No ha ocurrido. Los partidos siguen siendo los principales actores en la competición por el acceso al gobierno, y las elecciones siguen ocupando y preocupando a la sociedad y los medios de comunicación. Sin embargo, esto no implica que no haya cambios. Este trabajo se centra en el declive del rol de los partidos como agrupadores y estructuradores de preferencias (ideológicas y su traducción en políticas públicas) y en cómo esto está influido (pero no determinado) por los condicionantes de la comunicación digital. Se cuestionan las estrategias que socavan el rol de los «partidos» en tanto tales, esto es, en cuanto representan una «parte» que asume la existencia de la otra como contraparte necesaria, para devenir en lo que proponemos denominar «aparatos de gobierno con pretensión totalizante».

El argumento se basa en la literatura sobre el tema en ciencia política y comunicación. En particular, el trabajo de Peter Mair (2013), que define la emergencia de partidos que ya no intermedian entre la sociedad y el Estado, sino que se orientan a integrarse al gobierno (aparatos de gobierno u orientados a gobernar), alejándose o expresando el alejamiento de los sectores sociales a los que representaban; y los trabajos que desde el ámbito de la comunicación vienen dando cuenta de la creciente personalización de la política, la adopción de criterios de *marketing* para el diseño de campañas electorales y, entre otros, los discursos dominados por las emociones más que por las propuestas programáticas (lo que alimenta la «polarización afectiva») (Noelle-Neumann y Mathes, 1987; Norris *et al.*, 1999; Römmele, 2003).

El trabajo se estructura en una primera sección que repasa evidencias empíricas sobre el declive del apoyo a la democracia y a los partidos; a continuación, se presenta brevemente la emblemática experiencia peruana; luego, se sintetizan los estudios que dan cuenta de las transformaciones de los partidos, y, finalmente, se plantean cinco claves de la transformación simbólica de los partidos en «aparatos políticos con pretensión totalizante», para cerrar con unas conclusiones. Un análisis sistemático de estos procesos escapa a las posibilidades de este ensayo, que reflexiona sobre la específica dimensión comunicacional e ideológica de los partidos en el siglo XXI con la intención de provocar una discusión y avanzar la agenda de investigación.

2. La ciudadanía desencantada

El aval a la democracia viene cayendo en América Latina. El barómetro de las Américas registraba un apoyo promedio regional del 67,6 % en 2004, que bajó al 57,7 % en el último informe publicado en 2019 (Zechmeister y Lupu, 2019). La Argentina se ubica en el puesto 3 entre 18 países, después de Uruguay y Costa Rica (71,1 %). Aunque la tendencia es declinante, podría suponerse que «no está tan mal». Sin embargo, el análisis

de otros indicadores invita a la cautela, porque lo que estas encuestas señalan es que, si bien una amplia mayoría en el país apoya la democracia, evalúa mal su funcionamiento y está insatisfecha con sus resultados. Así, por ejemplo, la satisfacción regional con la democracia varía entre el 26,1 % en Panamá y el 59,5 % en Uruguay. La Argentina se ubica en el puesto 14, con un 35,5 %. Esto da cuenta de la incipiente distancia entre la democracia como un ideal abstracto y la satisfacción con el estado de cosas. ¿Cuánto tiempo puede sostenerse el aval a un sistema si la satisfacción con sus resultados no deja de caer? No es un asunto menor, y se vuelve mayúsculo si se consideran las negativas previsiones de crecimiento económico, aumento del desempleo y la pobreza y frecuencia de las denuncias de corrupción. Aunque con matices, la situación es crítica en toda la región.

La confianza en las instituciones, en los parlamentos y en los partidos políticos lleva años ocupando los puestos más bajos en la escala. Es un talón de Aquiles, porque la democracia se traduce en un conjunto de reglas y actores que la ponen en funcionamiento, idealmente, con acuerdo al marco jurídico. El último informe del Latinobarómetro señaló que los parlamentos alcanzaron su punto más alto en 2009/2010 con un 34 % y, desde entonces, la confianza ha disminuido hasta el 21 % en 2018 (una pérdida de 13 puntos porcentuales en menos de una década). Uruguay se ubica en un extremo, con 33 % de apoyo, y Chile y Guatemala en el otro, con el 17 %. La Argentina ocupa el puesto 5, con 26 puntos. La confianza en los partidos políticos alcanza un promedio regional del 13 % para el año de registro, también en claro declive incluso en los países que encabezan la lista. La Argentina ocupa el puesto 9, con 14 puntos.

Si buena parte de la ciudadanía percibe que el principal órgano a cargo de discutir y elaborar las políticas requeridas para generar bienestar sirve para poco, la democracia representativa se debilita. No solo ocurre en América Latina, y las consecuencias son múltiples. Una evidente es que la crisis de legitimidad promueve un confundido discurso de la antipolítica, que deriva, entre otros escenarios, en la demanda de reducir o incluso eliminar los parlamentos, lo cual, en un verdadero círculo vicioso, empeora la calidad de la representación en lugar de mejorarla. Ocurrió en Perú con la eliminación del bicameralismo en referéndum, en 2018¹, y también en Italia² con la reducción del número de parlamentarios. Detengámonos un momento en la experiencia peruana.

3. Perú: partidos sin políticos y políticos sin partido

Perú supo tener un sistema de partidos relativamente institucionalizado y organizado en torno a divisiones ideológicas. Los cambios se aceleraron en la década del noventa. Desde que Alberto Fujimori (1990-2000) renunciara a su tercera presidencia enviando un fax desde Japón, en el país todos los presidentes han culminado su mandato con niveles de apoyo popular extremadamente bajos, y sus partidos, prácticamente, han desaparecido

¹ Véase Welp (2018).

² Véase Fernández Esquer (2020).

en la siguiente elección. Fujimori había creado su organización política, Cambio 90, para las elecciones que lo llevaron al poder aquel año. También fundó su partido, en 2005, el comandante del Ejército en retiro Ollanta Humala (sobre las bases de otro partido político dominado por su familia): el Partido Nacionalista Peruano (PNP). Perdió la primera vez, pero triunfó en los siguientes comicios con la alianza Gana Perú y fue presidente entre 2011-2016. Al final de su mandato, su partido no llegaba al 2 % de apoyo y ni siquiera presentó candidatura al Ejecutivo. El último presidente electo, Pedro Pablo Kuczynski, también había creado (como Fujimori y Humala) su propio partido para las elecciones de 2016: peruanos Por el Cambio (poniendo al desnudo la estrategia, PPK, con las iniciales de su nombre). Para superar un *impeachment*, PPK acordó el indulto a Fujimori, condenado por crímenes de lesa humanidad en la supuesta lucha contra el terrorismo. Pero no le valió ni a Fujimori, porque la Justicia anuló el indulto, ni a Kuczynski, porque sufrió un nuevo juicio político ante el que decidió renunciar, seguro de la derrota. Le ocurrió también a su sucesor, Martín Vizcarra, que enfrentó, a su vez, intentos fallidos y, finalmente, uno exitoso de juicio político, pese a contar con un amplio respaldo popular, en especial durante los primeros meses de gestión de la crisis sanitaria provocada por la pandemia. El expresidente Vizcarra ha quedado inhabilitado para el ejercicio de cargos públicos por su participación en el escándalo de vacunas³.

Martín Tanaka (2020) ha caracterizado la democracia peruana como una poblada de «partidos sin políticos y políticos sin partido, en donde los partidos ni definen las orientaciones de gobierno ni colocan a sus militantes o expertos en los puestos más importantes de la administración pública» (Tanaka, 2020, p. 255). Los políticos se centran en sus carreras individuales, y los tecnócratas toman las decisiones, en el marco de una enorme insatisfacción ciudadana y profunda crisis de representación. Sin embargo, el sistema sigue funcionando, a grandes rasgos, sobre el modelo de la democracia de partidos que compiten en cada elección para alcanzar el gobierno, pero la ciudadanía incrementa su desencanto, mientras la política no es la que organiza la gestión de lo público (Tanaka, 2020). El desencanto, como se mencionó en la sección anterior, se tradujo en la demanda de achicar el Parlamento, también de introducir la no reelección. El problema de fondo es que la política no tiene influencia, y las sucesivas reformas la han debilitado aún más. ¿Cuál es la alternativa?

En un escenario político dramático —por las pérdidas generadas a causa de la pandemia— y confuso —por la inestable situación política que rodea la gestión—, el 11 de abril de 2021 hubo elecciones presidenciales, legislativas y para el Parlamento Andino. Por el ejecutivo, compitieron 18 candidatos. Algunos de los postulantes eran viejas caras conocidas, como Keiko Fujimori, que se presentó por tercera vez y ha pasado nuevamente a la segunda ronda (como en 2011 y en 2016). Otros eran conocidos, aunque no por su labor política, como el economista ultraliberal Hernando de Soto, que concentró las preferencias en Lima, mientras que apenas recibió un puñado de votos en el resto del país.

³ Por un repaso de los acontecimientos recientes, véase Campos (2020), Sosa (2021), Dösek (2021), Muñoz Chirinos (2020).

Otros tantos, como Pedro Castillo (que encabezó las preferencias y compite con Keiko en el *ballotage*), eran conocidos por su labor como activistas. Una semana antes de los comicios, ningún candidato superaba el 15%, y la mayoría se quedaba por debajo del 10%.

Más allá de las particularidades y del intríngulis de la contienda electoral, una dimensión de la atención mediática internacional estuvo puesta en este proliferar de candidaturas y partidos, en la dispersión y superposición de ofertas electorales: ¿cómo generar estabilidad en el tiempo con tanta volatilidad? No demos vueltas: no es posible. ¿Cuánta diversidad ideológica se puede representar cabalmente en un sistema? ¿Cómo consiguen las candidaturas la atención y preferencia del electorado? ¿Cómo desarrollan sus estrategias discursivas?

Antes de pasar a estas cuestiones, detengámonos en las implicancias del distanciamiento entre partidos y ciudadanía.

4. ¿Dejan un vacío los partidos?

Martin Lipset y Stein Rokkan (1967) analizaron la evolución de los sistemas de partidos en Europa y sostuvieron que ella se basa en divisiones sociales fundamentales que surgieron durante el período de formación del Estado-nación, en los siglos XVIII y XIX y durante el período de industrialización⁴. Observaron que, hacia la década del sesenta, los sistemas de partidos tendieron a «congelarse». Para Mair (1997) estas estructuras congeladas se convirtieron en una identidad política colectiva y, sobre todo, en redes de la organización que, cuando se combinan con una fuerte base social, han segmentado a estos electorados en bloques de partido relativamente estables (p. 183). Pero los sistemas de partidos no son estáticos y cambian modelando y siendo moldeados por otros cambios sociales, económicos, culturales y políticos.

Mainwaring y Scully (1995) identificaron una serie de condiciones para la institucionalización del sistema de partidos políticos. Estas son: la estabilidad de los partidos y de los patrones de competencia entre ellos; que los partidos más importantes posean raíces relativamente estables en la sociedad; que los partidos y el proceso electoral cuenten con la legitimidad asignada por unas elites políticas que basan su conducta en la expectativa de que las elecciones serán la ruta principal para acceder al gobierno, y la autonomía de la organización, en la medida en que el partido adquiere valor por sí mismo y un estatus independiente (de los líderes o de organizaciones que pueden haberlos creado para instrumentar sus propósitos). Todos los elementos descritos se han debilitado, y algunos, prácticamente, han desaparecido, como ilustra el caso peruano, con partidos nuevos y

⁴ Estos procesos dieron lugar a cuatro divisiones sociales fundamentales: (a) entre el poder central, la construcción de la cultura nacional y la creciente resistencia basada en la etnia, divisiones lingüísticas, religiosas u otras surgidas en las provincias o en la periferia; (b) entre la centralización, la normalización y la movilización del Estado nación; y los privilegios corporativos históricos de la iglesia; (c) entre los intereses de los terratenientes y la creciente clase de empresarios industriales; y (d) entre los propietarios y empresarios, por un lado, y los arrendatarios, obreros y trabajadores, por el otro (Lipset y Rokkan 1967, p. 101)

extremadamente personalistas en cada elección. Las protestas sociales que dieron la vuelta a Europa después de la Primavera Árabe generaron un debate sobre la supuesta muerte de los partidos y su reemplazo por otras fórmulas. Esas expectativas no se han cumplido.

Russell Dalton (2002) ha señalado que los partidos políticos no corren peligro porque el coste de reemplazarlos es demasiado alto, esto es, que su desaparición requeriría un cambio demasiado profundo del sistema democrático, su monopolio en materia de movilización se mantiene y su capacidad de adaptación es ilimitada. Sin embargo, otros teóricos han mostrado que su supervivencia se da a un alto coste: el vacío que describía Peter Mair (2013) al analizar el declive de los partidos, esa distancia que separa a una elite política de su electorado y ubica a los partidos cerca de los Estados, por su dependencia económica y los aleja de una ciudadanía que también se ha ausentado.

El amplio interés que despertaron los movimientos sociales⁵ mencionados más arriba, por un lado, y las potencialidades de las nuevas tecnologías para impulsar una democracia directa global, por otro, fueron el trasfondo de algunas propuestas que no han visto la luz o, si la han visto, ha ocurrido alterando radicalmente las previsiones. Buena parte de estos movimientos no fueron exitosos en construir alternativas a los partidos políticos para canalizar la gestión de los asuntos públicos o, si lo fueron, como ocurrió en Italia, Grecia y en España, las propuestas políticas fueron canalizadas a través de los partidos (Syriza y Podemos, por ejemplo) e incluso adquirieron niveles de verticalidad en la toma de decisiones aún mayores que la de aquellos partidos a los que querían reemplazar, como ocurrió con el Movimiento 5 Stelle (M5S) (Musiani, 2014). En cuanto a las nuevas tecnologías, explicaron en algunos casos el surgimiento de estas nuevas fuerzas políticas, abriendo espacios desde la red hacia los medios tradicionales, pero su efecto se ha mostrado limitado a situaciones concretas (la campaña de Obama, el surgimiento de Podemos) y no ha sentado precedentes de nuevas formas de toma de decisiones, como tampoco han tenido una influencia radical en los partidos tradicionales (Bimber, 2014; Vergeer y Hermans, 2013; Musiani, 2014, Welp *et al.*, 2018, Welp y Mazurca 2016).

De los partidos fuertemente anclados en diferencias sociales cerradas y enraizados en la sociedad, se ha pasado a los partidos *catch all* y de ahí a los partidos cartel que definía Mair. A la vista está que hay diferencias pronunciadas entre sistemas de partidos y que las evoluciones, aunque marcan tendencias, no son uniformes.

Quisiera proponer cinco aspectos interrelacionadas en muchos casos y que, en confluencia, no «matan» a las organizaciones políticas, pero sí alteran de forma radical su definición y aporte a la democracia, contruidos sobre aparatos que se han corrido de su función representativa para pasar a ocupar una performativa y centrada en el líder. Pueden resumirse en: 1) la personalización del partido; 2) el autogolpe, o la autoimpuesta dictadura de los sondeos; 3) del mito de la democracia directa al plebiscitarismo; 4) la polarización afectiva, y 5) la turbopolítica, o la velocidad que busca titulares, pero evita comprender y consensuar.

⁵ Véase el trabajo de Donatella Della Porta (ed.) (2009). *Democracy in Social Movements*. Houndsmill: Palgrave.

5. De partidos a máquinas de gobierno con pretensión totalizante

5.1. Candidato fagocita aparato

La hipótesis de la personalización de los partidos no es nueva. Los estudios de comunicación política comenzaron a alertar sobre esto en las décadas del cincuenta y sesenta. Se observaba en las campañas electorales, donde la imagen del candidato iba ganando terreno (su imagen, su vida privada, su trayectoria, sus *hobbies*) por sobre las cuestiones partidarias. Hay diferencias notables entre casos, pero es clara la tendencia a la personalización y la medida en que esto se refuerza en tiempos de redes sociales digitales (Römmele 2003). El candidato se volvía un producto durante la campaña, pero el partido seguía teniendo gran influencia tanto en la selección de las candidaturas como en la posterior formación de gobierno. Los cambios en los partidos y el avance de los medios de comunicación han acelerado el proceso de transformación y preeminencia de las personas por sobre el aparato del partido. Esto ocurre en la confluencia de distintos factores, que distancian unos casos de otros. En Perú, es la debilidad extrema de los partidos (que se crean para cada elección y mueren posteriormente) lo que lo explica. En otros casos, del que el Partido Republicano liderado por Donald Trump se convirtió en ejemplo destacado, es el cambio en las reglas de selección de candidaturas y el poder del dinero lo que catapultó los liderazgos. La influencia de Trump avanzó amparada en sus recursos económicos y en el apoyo de un grupo importante de medios de comunicación. El Partido Republicano perdió fuerza mientras el séquito trumpista la aumentaba. La imagen que lo muestra, quizás más cabalmente, fue la del Congreso del Partido Republicano en que fue avalada su nominación, donde más de la mitad de los oradores era miembro de su familia⁶.

Muchos esperaron que las nuevas tecnologías se convirtieran en un instrumento para democratizar la comunicación, ampliar el acceso, multiplicar las voces. Los efectos distan de ser los esperados, aunque no todo es negativo⁷. La televisión digital, con canales de noticias 24 horas, ha generado una demanda constante de noticias, de eventos para llenar la transmisión insomne. Las redes sociales hacen su parte, cuando los partidos tienen menor presencia que sus líderes. En las noticias, la demanda de intervención inmediata atenta contra los pronunciamientos discutidos y acordados por el partido, lo que promueve la gestión directa por los líderes. No responder a una crisis de manera adecuada dañará la imagen tanto del líder como del partido, mientras que una respuesta eficaz mejorará la imagen del líder, pero no necesariamente la de su partido. Por esta razón, los nuevos

⁶ No es solo la influencia de los procesos comunicacionales, sino también una serie de reformas que ha estimulado el debilitamiento de las estructuras del partido, curiosamente, con la intención de democratizarlos o democratizar la política, como ocurre con las candidaturas independientes o la promoción de las primarias abiertas obligatorias.

⁷ El panorama es más diverso cuando nos trasladamos al ámbito de los movimientos sociales, véase Breuer y Welp (2014).

medios alimentan un estilo carismático de hacer política y una desinstitucionalización progresiva de los partidos políticos, dando mayor visibilidad a personajes más mediáticos.

5.2. El «autogolpe»: la dictadura de los sondeos

¿Cómo deciden los partidos sus programas y sus posicionamientos? El estudio de Lipset y Rokkan (1967) se centró en explicar cómo los clivajes presentes en la sociedad —las divisiones que articulaban los posicionamientos frente a los temas centrales que enfrentaban visiones del mundo— estuvieron en el origen de los partidos políticos. En este sentido, se explica que los partidos no crean las divisiones, sino que se erigen sobre ellas, y aportan tanto en el plano ideológico como en el estratégico, con su capacidad de dar coherencia a un conjunto de políticas que defienden y promueven los objetivos del grupo y con la capacidad de movilizar los apoyos para conseguir ponerlas en marcha. Los partidos moldearían y serían moldeados por los contextos en que se insertan. Mucho se ha discutido sobre la pertinencia de aplicar estos conceptos a otros contextos, más allá de las democracias europeas de la posguerra (Alcántara y Freidenberg, 2001). Sin entrar en este debate, en teoría se espera esta capacidad de los partidos. En el proceso de transformaciones del que aquí nos estamos ocupando, los sondeos de opinión han ido adquiriendo cada vez mayor protagonismo en la definición de los posicionamientos del partido.

Ya hemos descrito sucintamente las tendencias observadas por Mair en la conversión de los partidos en aparatos de gobierno, cada vez más dependientes del Estado para su supervivencia y más alejados de la expectativa de representar las demandas ciudadanas. El reemplazo de las viejas formas de articulación con base territorial (a través de los sindicatos, organizaciones empresariales y otras) han sido las encuestas. Ese es el nuevo puente de una representación que no puede más que hacer agua. La definición de las estrategias partidarias es cada vez más visiblemente organizada en función de los sondeos (Sartori, 2001). No se trata de negar la utilidad de las encuestas⁸, sino de reflexionar sobre la dictadura que los partidos generan en su dependencia de aquellas y su abdicación a ejercer el liderazgo y defender posiciones, creando opinión en lugar de dejarse arrastrar por la enunciada en los sondeos. Si de los partidos se esperaba una capacidad de instalar temas en la agenda (*agenda setting*) y aportar unos marcos para interpretar y valorar los hechos (*priming*), puede decirse que han tendido a abdicar de su función. Los que con mayor fuerza escapan a esta dinámica son los partidos de extrema derecha, que han sabido crear *frames* del odio y la división social, frente a los que otros actores no han sabido muy bien cómo actuar (Acha, 2021). No son buenas noticias.

⁸ La utilidad y sus buenos y malos usos. Véase Tagina (2020).

5.3. Negados por el mito de la democracia directa y por el discurso plebiscitario

Con la crisis financiera iniciada en Estados Unidos, que tuvo repercusiones globales, ganaron fuerza movimientos sociales que propusieron «asaltar los cielos» renovando la política. En lo institucional, el núcleo duro del ataque eran estos partidos políticos que aquí nos ocupan. Los movimientos sociales como Occupy Wall Street en Estados Unidos o los Indignados en España se plantearon que era posible horizontalizar la gestión de lo público con una ciudadanía conectada que estaría dispuesta a intervenir en la toma de decisiones. Las cosas no ocurrieron como se plantearon y o bien muchos de estos movimientos perdieron fuelle hasta desaparecer u otros fueron articulando intereses y grupos hasta renovar la oferta de viejos partidos políticos, como ocurrió con Syriza, o derivar en la formación de nuevas organizaciones políticas, como Podemos. Fue un período efervescente en que cayó la expectativa de gestionar la política desde la democracia directa, mientras, como reacción, ha surgido con fuerza la máquina plebiscitaria en los partidos de la extrema derecha (Acha, 2021). Son cuestiones distintas pero interconectadas en el núcleo duro por una concepción de *democracia* como puro método.

Por un lado, la expectativa de generar nuevas estructuras horizontales para la toma de decisiones, prescindiendo de los intermediarios, pasa por alto que factores sociales, políticos y socioculturales no hacen viable esta opción. No solo ocurre que las elecciones siguen siendo el principal procedimiento para la distribución del poder político nominal y todos sus procedimientos distan de la horizontalidad y de la nivelación del acceso, sino que también la misma idea niega o ignora toda otra serie de intermediaciones que operan en cualquier proceso de toma de decisiones y que juegan un rol (el género, las capacidades retóricas, los conocimientos, el carisma, etc.). Presupone que la ciudadanía desea participar constantemente en política, algo que todas las evidencias desmienten⁹. Ignora que cualquier cambio institucional solo puede ser promovido por aquellos a los que esa expectativa de cambio desprecia.

Por otro lado, como contracara, surge o se fortalece un discurso populista que abreva en el desencanto, al promover un discurso antipolítica e insinuando que el pueblo debe tomar el poder, pero solamente en teoría. El discurso populista encarna esta idea de que no debe haber mediaciones, pero lo hace a partir de homologar al líder con ese pueblo al que, se supone, representa. Sobran los ejemplos que muestran cómo el discurso de la participación directa está condicionado por el hecho de que las preferencias de la mayoría coincidan con las del líder y tiende a anularse la participación (o negarse su pureza) a quienes quieran ejercer la disidencia, lo que deriva en el plebiscitarismo. Estos dos mitos, el de la democracia directa y el del populismo como voz del pueblo, también contribuyen a erosionar el rol de los partidos.

⁹ En otros trabajos, he enfatizado la necesidad de que los mecanismos de participación se regulen para permitir la activación autónoma de la ciudadanía cuando sectores sociales así lo perciban. Lo dicho aquí no niega el valor y la centralidad de la participación ciudadana, sino que destaca el error de presuponer que la ciudadanía espera y desea participar constantemente en política.

5.4. De la polarización ideológica a la afectiva

Aquellos sistemas de partidos en que los clivajes se congelaron a mediados del siglo xx habían creado grupos con preferencias relativamente homogéneas en su interior y un núcleo programático fuerte. El alejamiento de partidos y electorados y la ampliación y transversalización de las agendas sociopolíticas generó mayor complejidad en el sistema. Surgieron nuevos partidos, incluidos partidos *single issue*, como fueron inicialmente los verdes en su orientación *solo* a cambiar las políticas con impacto en el medio ambiente. El panorama es complejo, y un análisis sistemático debería incluir muchas variables y datos que escapan a las posibilidades de este trabajo. Tomar la América de Trump como referencia permite ilustrar el argumento referido a las «cortinas de humo» a las que se recurre. En las últimas décadas, Estados Unidos ha visto crecer enormemente la desigualdad. Los partidos republicanos y demócratas también fueron acercándose en las políticas (ese movimiento al centro que describe Mair), pero fueron divergiendo crecientemente en la composición de sus electorados. Esto ha llevado a que los republicanos tuvieran un electorado blanco, cristiano, de clase media, en que la apelación racial fue calando hondo y suplantando la discusión programática. Ya no se trata de una discusión sobre modelos de educación y salud, sino de la resistencia frente a una supuesta invasión de lo que se define como «el otro» (por etnia, orientación sexual, etc.). Es en este escenario que Hacker y Pierson (2020) analizan que la estrategia de los republicanos para mantener a su electorado movilizado ha sido la de la polarización, la proliferación de teorías conspirativas en las que un pueblo asediado debe resistir frente a la invasión.

Iyengar *et al.* (2019) han argumentado sobre la medida en que esto erosionó la política estadounidense cuando la polarización afectiva puede crecer incluso en escenarios en que la polarización ideológica no es tan notable. Algo semejante se ha descrito para España (Torcal, 2020) al observar que el posicionamiento del electorado sobre los principales temas de política es menos distante de lo que se podría suponer al observar los debates de las elites (salvo en unos pocos asuntos muy concretos, como la inmigración), mientras que sí crece la valoración negativa y el rechazo de adversarios políticos que devienen en enemigos. Esto también erosiona a los partidos, porque conduce a ubicarlos como titulares de la verdad y no de un punto de vista, y a negar la legitimidad a los otros, negando en definitiva el pluralismo indispensable para el funcionamiento de la democracia. Los efectos destructivos de esta tendencia se pueden observar como reflejo de la polarización en redes sociales, donde las cámaras de eco operan como cajas de resonancia de las creencias y valores, pero también de los prejuicios del grupo, lo cual genera identidades excluyentes (Aruguet y Calvo, 2020).

5.5. La turbopolítica no deja oír ni pensar

Por último y sin agotar las dimensiones organizacionales, comunicativas y estratégicas que son especialmente condicionadas por los medios de comunicación y las redes sociales,

quisiera detenerme en lo que algunos autores han calificado como «turbopolítica» (Gutiérrez-Rubí, 2019; Bartomeus, 2021). Decía Antoni Gutiérrez-Rubí que «Nuestros políticos parece que están permanentemente agitados en la cinta de correr de un gimnasio: se mueven, sudan, contabilizan pasos y metros... sin llegar a una ninguna parte» (2019). Presencia constante en los medios, posicionamiento constante, sobreexposición de la vida privada. En los sistemas parlamentarios, la negociación se abre tras unas elecciones en que cada vez hay más actores y se crean gobiernos, a veces con enorme dificultad, que tienden a ser más efímeros. En los sistemas presidencialistas, las segundas vueltas generan mayorías a veces más ficticias que reales y comienzan con baja legitimidad, en la estela donde se ha prometido mucho y se debe gestionar con escasas capacidades. Ante las limitaciones que el contexto impone, la disputa se traslada al ámbito discursivo (como se analizó en el punto anterior), si no hay respuestas materiales, las metáforas de la guerra pueden cubrir el hueco. La buena definición de políticas públicas no se puede organizar desde las trincheras ideológicas o emotivas, sino desde los diagnósticos, el debate de opciones y la articulación de consensos. Cuanto más se necesita de reflexión y diálogo, más prisa y división se observa. Otro elemento más que muestra que los partidos políticos y el sistema de partidos no son capaces de resolver los retos del sistema. ¿Será momento de pensar en otra cosa?

6. Reflexiones finales

Los partidos no han muerto, pero, como Mair ha descrito, ya no cumplen con eficacia la tarea que se les encomendaba. No han sido reemplazados y no hay en este momento ninguna alternativa que aparezca como viable... para su reemplazo, pero sí hay muchas para complementarlos y cambiar los incentivos perversos que se les ofrecen. Queda claro que los partidos se mantienen a costa de erosionar cada vez más sus funciones y se convierten en lo que hemos denominado «aparatos de gobierno con pretensión totalizante». Las dinámicas de la competencia electoral, ya no solo en tiempos de campaña, socavan el rol de los partidos en tanto partes de un esquema de equilibrios y cooperación. Pervierten la democracia. No se trata de cuánta diversidad ideológica pueda tolerar o canalizar un sistema, sino del predominio de unas estrategias orientadas a acceder al poder y mantenerlo, con las luces muy cortas, y no a la gestión de los asuntos públicos y la búsqueda del bienestar colectivo. Es hora de cambiar.

7. Referencias

Acha, B. (2021). *Analizar el auge de la ultraderecha. Surgimiento, ideología y ascenso de los nuevos partidos de ultraderecha*. Barcelona, España: Gedisa.

- Alcántara, M. y Freidenberg, F. (2001). Los partidos políticos en América Latina. En *América Latina Hoy* 27, 17-35.
- Aruguete, N. y Calvo, E. (2020). *Fake news, trolls y otros encantos: Cómo funcionan (para bien y para mal) las redes sociales*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Bimber, B. (2014). Digital media in the Obama campaigns of 2008 and 2012: Adaptation to the personalized political communication environment. *Journal of Information Technology & Politics*, 11(2), 130-150.
- Breuer, A., y Welp Y. (editoras) (2014). *Digital Technologies for Democratic Governance in Latin America: Opportunities and Risks*. Londres: Routledge.
- Dalton, R. J. and Wattenberg, M. P. (2002). *Parties Without Partisans: Political Change in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Hacker, J. y Pierson, P. (2020). *Let Them Eat Tweets: How the Right Rules in an Age of Extreme Inequality*. Liveright
- Iyengar et al. (2019). The Origins and Consequences of Affective Polarization in the United States. *Annu. Rev. Political Sci.* 22, 129-46. Disponible en: <https://www.annualreviews.org/doi/pdf/10.1146/annurev-polisci-051117-073034>
- Lipset, M. y Rokkan, S. (1967). Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments: An Introduction. In Lipset & Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*. New York: Free Press.
- Mair, P. (1997). *Party System Change: approaches and interpretations*, Oxford University Press, Oxford.
- Mainwaring, S. y Scully, T. (1995). Introduction: Party Systems in Latin America. In Mainwaring & Scully (eds.), *Building democratic institutions: Party systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press.
- Musiani, F. (2014). Avant-garde digital movement or ‘digital sublime’ rhetoric? En *Social Media in Politics Case Studies on the Political Power of Social Media*, editado por Bogdan Patrut y Monica Patrut, 121-140. Nueva York: Springer.
- Noelle-Neumann, E., & Mathes, R. (1987). The “event as event” and “the event as news”: The significance of “consonance” for media effects research. In *European Journal of Communication*, 2, 391-414.
- Norris, P., Curtice, J., Sanders, D., Scammell, M., & Semetko, H. A. (1999). *On message: Communicating the campaign*. London: Sage.
- Römmele, A. (2003). Political parties, party communication and communication technologies. *Party Politics* 9(1), 7-20.
- Sartori, G. (2001). *Homo videns: La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.
- Tanaka, M. (2020). Política sin representación, estabilidad sin legitimidad. La paradoja peruana. En J. Carlos Domínguez y Alejandro Monsiváis (coord.), *Democracias en vilo. La incertidumbre*

política en América Latina. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 255-282.

Vergeer, M. & Hermans, L. (2013). Campaigning on Twitter: Microblogging and Online Social Networking as Campaign Tools in the 2010 General Elections in the Netherlands. *Journal of Computer-Mediated Communication*, 18(4), 399-419. <https://doi.org/10.1111/jcc4.12023>

Welp, Y., y Marzuca A. (2016). La política en la era de la información. Estudio de la presencia en Internet de partidos políticos y representantes de Argentina, Paraguay y Uruguay. En *Perfiles Latinoamericanos* 24(47), 199-224.

Zechmeister, E. J. y Lupu, N. (Eds.) (2019). *El pulso de la democracia*. Nashville, TN: LAPOP. Disponible en: <https://www.vanderbilt.edu/lapop/insights/ITB036es.pdf>

Blogs y artículos de prensa

Bartomeus, O. (5 de abril de 2021). Turbopolítica contra la intrascendencia. Recuperado de: <https://agendapublica.es/turbopolitica-contra-la-intrascendencia/>

Campos, M. (10 de noviembre de 2020). Perú: ¿cuatro presidentes en cinco años? Recuperado de: <https://agendapublica.es/peru-cuatro-presidentes-en-cinco-anos/>

Fernández Esquer, C. (17 de septiembre de 2020) ¿Una reforma electoral populista en Italia? Recuperado de: <https://agendapublica.es/una-reforma-electoral-populista-en-italia/>

Dosek, T. (15 de noviembre de 2020). Una semana que cambió al Perú. Recuperado de: <https://agendapublica.es/una-semana-que-cambio-al-peru/>

Gutiérrez-Rubí, A. (30 de abril de 2019). El tiempo de la turbopolítica. Recuperado de: <https://ethic.es/2019/04/tiempo-turbopolitica/>

Muñoz Chirinos, P. (28 de enero de 2020). El Perú político al desnudo. Recuperado de: <https://agendapublica.es/el-peru-politico-al-desnudo/>

Sosa, P. (2 de marzo de 2021). Perú seguirá polarizado y fragmentado. Recuperado de: <https://agendapublica.es/peru-seguir-polarizado-y-fragmentado/>

Tagina, M. L. (13 de septiembre de 2020). El uso político de las encuestas de opinión. Recuperado de: <https://agendapublica.es/el-uso-politico-de-las-encuestas-de-opinion/>

Torcal, M. (31 de mayo de 2020). ¡Enfrentados y enfadados! Una realidad preocupante. Recuperado de: <https://agendapublica.es/enfrentados-y-enfadados-una-realidad-preocupante/>

Welp, Y. (10 de diciembre de 2018). ¿Salió rana el referéndum peruano? Recuperado de: <https://agendapublica.es/salio-rana-el-referendum-peruano/>